

Consuelo Varela

“‘Íbamos mudos y sin lengua’
Intérpretes y traductores en los viajes españoles
al Pacífico”

p. 83-98

A 500 años del hallazgo del Pacífico
La presencia novohispana en el Mar del Sur

Carmen Yuste López y Guadalupe Pinzón Ríos (coordinadoras)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

426 p.

Ilustraciones, mapas y cuadros

(Serie Historia General, 33)

ISBN 978-607-02-7713-9

Formato: PDF

Publicado: 9 de septiembre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/hallazgo_pacifico/novohispana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

“ÍBAMOS MUDOS Y SIN LENGUA”
INTÉRPRETES Y TRADUCTORES EN LOS VIAJES ESPAÑOLES
AL PACÍFICO*

CONSUELO VARELA
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Escuela de Estudios Hispano-Americanos

En todo viaje de descubrimiento resulta imprescindible contar con un intérprete, un “lengua”, como entonces se denominaba a este personaje, que pudiera poner en comunicación a los descubridores con las distintas sociedades con las que esperaban encontrarse. Los españoles de entonces no eran muy duchos en lenguas extranjeras. Apenas se contaba con intérpretes de árabe y de hebreo, dos lenguas que se hablaban con más o menos frecuencia en la península. Por ello, Colón contó para su primer viaje con dos truchimanes que se manejaban con cierta fluidez en ambos idiomas. Uno de ellos incluso se atrevía a chapurrear algo de caldeo. Además, dado que se consideraba que el latín era la lengua universal que todo príncipe debía de entender, el almirante llevaba unas cartas escritas en la lengua del Lacio con el encabezamiento en blanco, para poder entregarlas en nombre de los reyes a los diversos mandatarios que se encontrara en su camino.

El intento, como bien sabemos, no funcionó: en las Antillas nadie podía manejarse en hebreo, árabe, caldeo o latín. Hubo que recurrir primero al lenguaje de gestos, y poco a poco se fue educando a indígenas —e introduciendo españoles en sus poblados— para cumplir esa delicada e imprescindible tarea.

* Este trabajo se enmarca en el proyecto “El Pacífico Hispano: imágenes, conocimiento y poder” (PO-HUM-5392), aprobado y financiado por la Junta de Andalucía (2010-2014).

En otro lugar he analizado el papel de los lenguas en la conquista del continente americano. Hoy voy a tratar de los diferentes intérpretes que intervinieron en los viajes españoles de descubrimiento por el Pacífico hasta su llegada e instalación en las Filipinas.

Intérpretes y credenciales

A diferencia de Colón, que desconocía qué sociedades iba a encontrar en su camino hacia Zipango, desde que la *Victoria* dio la primera vuelta al mundo se supo en Castilla que, entre las comunidades asiáticas con las que habrían de toparse, nuestras flotas iban a hallar no sólo a portugueses capaces de servir como intérpretes, sino también a árabes y a comerciantes malayos que, por virtud de su oficio, pudieran hacerse entender con facilidad entre los diversos pueblos que encontrasen en su singladura. Como ratificó más tarde Ginés de Mafra, a mediados del siglo XVI, la posibilidad de encontrar intérpretes era mucho mayor en el Pacífico que en el Nuevo Mundo, puesto que “el árabe y el malayo eran un primer paso para [entenderse] en otras lenguas”.

Al igual que hicieron los Reyes Católicos con Colón, como decíamos más arriba, junto a los lenguas, que formaban parte de la tripulación, los capitanes generales de las armadas llevaban unas cartas para entregar a los diferentes príncipes que habían de encontrar en su navegación.

Ignoro qué credenciales se entregaron a Magallanes. Sí conocemos las que llevaron los siguientes capitanes generales. Frey Jofré de Loaisa, que zarpó desde La Coruña el 24 de junio de 1525, llevaba cartas del emperador para los reyes de Tidore y Gilolo, anunciándoles oficialmente que enviaba esa armada con objeto de colonizar las Molucas; y que, sabedor de que allí había portugueses que hacían la guerra al rey de Tidore y que le habían causado daños por ser amigo de los españoles y haber vendido clavo a Sebastián Elcano y a Gómez de Espinosa, les aseguraba que los ayudaría en cuanto mandasen, poniendo a su disposición toda su gente, naos y artillería. Fallecido Loaisa, fue Martín Íñiguez quien envió las credenciales, que fueron entregadas el 5 de noviembre de 1526 por

Andrés de Urdaneta y el sobresaliente de la armada, Alonso de los Ríos, en compañía de otros cinco compañeros.¹

Álvaro de Saavedra, que zarpó del puerto de Ziguatanejo en la Nueva España el 31 de octubre de 1527 para buscar la *Trinidad* —la única nao de la armada de Magallanes que había quedado en el Maluco—, para juntarse con la flota de Loaisa y enterarse de si la armada de Sebastián Caboto —que había partido de Sevilla en abril de 1526— había llegado al Maluco, llevaba al menos cinco cartas de Hernán Cortés. La primera, para los individuos de la armada de Sebastián Caboto; la segunda, para el propio Caboto; la tercera, para el rey de la tierra donde arribase, y las dos últimas, para los reyes de Cebú y Tidore.²

Las instrucciones dadas a Saavedra nos informan del protocolo que se debía de seguir en la entrega de estas cartas:

Daréis a los señores de la tierra [...] las cartas mías que lleváis para ellos, las cuales van escritas en latín, porque como lengua más general en el universo [...] podrá ser que habrá judíos u otras personas que las sepan leer; e no habiendo tales personas, las haréis interpretar e declarar a la lengua arábiga que lleváis [...] por la mucha contratación que con los moros tienen, e si no tuvieren, lleváis un intérprete natural de Calicut. Éste forzado fallará lengua que le entienda.³

En primer lugar, pues, había de entregar las credenciales al mandatario del lugar y, ante la eventualidad de que no hubiera persona que pudiera traducirlas a la lengua local, recurrir como último recurso a los intérpretes que lo acompañaban: en este caso, uno de árabe y otro de malayo.

En las instrucciones dadas a Ruy López de Villalobos, que zarpó del puerto de La Navidad el 10. de noviembre de 1542 en busca de nuevas rutas comerciales, no aparece referencia alguna a cartas credenciales, que sin duda debía de llevar.⁴ Sí constan, en cambio, en

¹ Sirviendo de intérprete Gonzalo de Vigo. Martín Fernández Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, edición de Carlos Seco Serrano, Madrid, Atlas, 1964, v. 3, p. 30.

² *Ibidem*, p. 48.

³ Las instrucciones a Saavedra *ibidem*, p. 451 y s.

⁴ *Ibidem*, p. 29 y s.

las instrucciones entregadas a Legazpi,⁵ que zarpó también del puerto de La Navidad el 21 de noviembre de 1564: se le dio la orden expresa de entregar sus credenciales, cuyo número no se especifica, tan pronto como entrara en contacto con las nuevas poblaciones, añadiendo, además, un sentido discurso en el que debía de asegurar a los reyezuelos del lugar el “amor” que les profesaba Felipe II y, como muestra del mismo, entregarles los presentes que le pareciese oportuno.

¿En qué idiomas iban escritas esas cartas? Tan sólo nos han llegado las redactadas en castellano, por lo que hemos de suponer que las escritas en latín, árabe —o, tal vez, portugués— se han perdido para siempre.

Los intérpretes que acompañaban a los descubridores en sus viajes

La comunicación lingüística fue una preocupación constante de la administración española. Ya en las instrucciones a Magallanes se le recomendó: “Trabajad para haber lenguas [...] e de Sevilla se trabajará de llevar dos o tres lenguas para que se entiendan en algo con los otros a do descubrierdes”. Esta inquietud se vio plasmada en la provisión de Carlos V, dada en Granada el 17 de noviembre de 1526, donde se regulan las normas de conducta que se debían observar en los descubrimientos; unas normas que se recogerán y ampliarán más adelante en la *Recopilación de las leyes de Indias*.

Magallanes llevó al menos tres intérpretes: Juan Carvalho, un piloto que había pasado cuatro años en Brasil, para que le orientara por aquellas singladuras; su esclavo Jorge, cuya intervención desconocemos, y Enrique de Malaca, también conocido como Enrique el Negro,⁶ que fue el primer hombre que sirvió a los españoles como intérprete oficial en el océano Pacífico. Todo parece indicar que Enrique fue adquirido en Sumatra por Fernando de Magallanes en 1511, cuando éste se encontraba en el archipiélago de las Molucas

⁵ *Ibidem*, p. 147 y s.

⁶ Laurence Bergreen, *Magallanes: hasta los confines de la tierra*, traducción de Víctor Pozanco e Isabel Fuentes García, Barcelona, Planeta, 2004, p. 484.

como integrante de una armada portuguesa al mando de Diego López de Sequeira y Alfonso de Albuquerque. Enrique viajó con Magallanes a su regreso a Portugal y, en 1519, lo acompañó cuando emprendió su viaje a la Especiería.⁷ López de Gómara supuso, desconozco su fuente, que Magallanes llevaba también a una esclava “de Sumatra que entendía la lengua de muchas islas”.⁸

Frey Jofré de Loaisa (1525-1526), al que acompañaba como segundo Juan Sebastián Elcano, llevó como lengua oficial a Tristán de la China, esclavo del importante comerciante burgalés Cristóbal de Haro.⁹ También se sirvió al menos en una ocasión de las buenas artes del artillero Roldán, que había sido uno de los compañeros de Magallanes.¹⁰ La armada de Álvaro de Saavedra (1527-1528), como se señaló más arriba, llevó a un árabe y a un moro de Calicut; en la de Villalobos (1544) participaron un buen número de personajes que ya habían servido en anteriores expediciones: de la de Magallanes procedían Ginés de Mafra y el lombardero Hans de Aquigrán; de la de Loaisa, Martín de Islares y un marinero llamado Pedro Ramón, que conocía muy bien la lengua del país y era el intérprete de las relaciones entre los españoles y los indios,¹¹ y de la de Saavedra, Antonio Corzo.

Con Legazpi (1564) fueron, según se indica en las instrucciones que se le entregaron, “algunos indios intérpretes que entienden algunas de las lenguas de aquellas partes por ser naturales de ellas”,¹² cuyo número y nombre permanecen en la sombra, además de “un negro de S. M. que había estado en India y Malaca, que sabía hablar la lengua

⁷ Así como desconocemos su lugar de origen, Sumatra, Malaca o Cebú, sí disponemos de suficientes datos que nos ilustran acerca de sus actividades como lengua.

⁸ Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, 2 v., Madrid, Espasa-Calpe, 1932, v. 2, cap. 91.

⁹ Bergreen, *op. cit.*, p. 221.

¹⁰ Fernández Navarrete, *op. cit.*, v. 3, p. 7.

¹¹ Antonio Quilis y Celia Casado-Fresnillo, *La lengua española en Filipinas: historia, situación actual, el chabacano. Antología de textos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, p. 41. Quizá se trate del supernumerario Mestre Pedro, uno de los doce detenidos en Cabo Verde.

¹² Fernández Navarrete, *op. cit.*, v. 3, p. 166.

malaya. Muy gran bellaco”.¹³ Sabemos que, necesitado de tener intérpretes que conociesen la lengua malaya y el bisaya cebuano, Legazpi se sirvió en las Filipinas de Jerónimo Pacheco, un indio intérprete del malayo, y del moro Sidanut, que hablaba esa misma lengua y la de esa tierra.¹⁴ En compañía de Legazpi fue un hombre de excepción: fray Andrés de Urdaneta, que ya había conocido aquellas tierras por haberse enrolado en la expedición de Loaisa.

Como se puede observar, en todas las expediciones los organizadores de las armadas, se despachasen tanto de la península como de la Nueva España, reclutaron como intérpretes a individuos que habían ido en jornadas anteriores, ya fueran españoles o indígenas. Eran personas de fiar, que conocían el terreno y que podían de alguna manera hacerse entender.

Sueldos

Tan sólo conozco el sueldo de Tristán de la China, que ascendía a 1 500 maravedíes al mes, a lo que se añadía una gabela: “Puede cargar caja entera y quintalada de marinero”.¹⁵ Los españoles que repetían viaje y actuaban como intérpretes no parece que cobrasen salario por esa actividad, ya que iban enrolados con otra profesión. Ginés de Mafra, que fue como marinero en la expedición de Magallanes, regresó como piloto en la de Villalobos. Andrés de Urdaneta, sobresaliente en el viaje de Loaisa, se incorporó años más tarde a la expedición de Legazpi —ya siendo fraile agustino— como superior de los religiosos que lo acompañaban.

Gonzalo de Vigo, que fue como grumete en la flota de Magallanes, cobraba un sueldo de 800 maravedíes al mes; quizá continuó con el mismo salario tras incorporarse a la armada de Loaisa.¹⁶

¹³ Juan Gil, *La India y el lejano oriente en la Sevilla del Siglo de Oro*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 2011, p. 232.

¹⁴ Patricio Hidalgo Nuchera, *Encomienda, tributo y trabajo en Filipinas: 1570-1608*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1995, p. 219.

¹⁵ Gil, *op. cit.*, p. 221.

¹⁶ Según Arturo Fernández, “Galicia y América, identidad y asimilación”, *Anuario del Centro de Estudios Gallegos*, Montevideo, Universidad de la República, Facultad de

Martín de Islares cobró el 8 de abril de 1538 los 16 402 maravedíes que aún se le debían del viaje que realizó con frey Jofré de Loaisa.¹⁷

¿Qué lenguas hablaban?

Tanto los intérpretes indígenas como los españoles eran, en la mayoría de los casos, muy políglotas. Tristán de la China, además del castellano, portugués, malayo y chino, dominaba la *lequia* (lengua hablada en las islas Ryu Kyu, similar al japonés).

Excepcional fue el caso de Ginés de Mafra que, tras ser detenido por los portugueses, estuvo preso cinco meses en una jaula en la isla de Banda y otros tantos en Malaca antes de ser enviado a la cárcel del Limoeiro en Lisboa, donde permaneció encerrado cuatro años. Una vez liberado y tras conocer que su mujer, creyéndole fallecido, se había casado de nuevo, regresó al Nuevo Mundo, poniéndose primero al servicio de Pedro de Alvarado y más tarde al de Ruy López de Villalobos como piloto y, sin duda, como intérprete.

Martín de Islares, que había vivido siete años en el Maluco, según Gaspar de San Agustín, “sabía bastante la lengua malaya”.¹⁸ A pesar de todo, en ocasiones tuvo dificultades. Sí “le entendieron bien” en Sarangán, adonde lo envió Villalobos a pedir comida;¹⁹ no pudo, en cambio, comunicarse con los habitantes de las islas del Coral.²⁰

Españoles dejados en anteriores expediciones

La incorporación de tripulantes procedentes de expediciones anteriores era una solución práctica que, sin embargo, no bastaba para

Humanidades y Ciencias de la Educación, 2000, p. 122, era grumete con sueldo de 800 maravedíes al mes. Cobró por adelantado el pago de seis meses.

¹⁷ Archivo General de Indias, *Indiferente*, 1962, libro 6, f. 37v-38r.

¹⁸ Gaspar de San Agustín, *Conquista de las islas Filipinas (1565-1615)*, edición de Manuel Merino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1975, p. 115.

¹⁹ Consuelo Varela, *El viaje de don Ruy López de Villalobos a las islas del poniente, 1542-1548*, Milán, Cisalpino-Goliardica, 1983, p. 25.

²⁰ *Ibidem*, p. 53.

tener una eficaz comunicación con las sociedades con las que habrían de encontrarse. Claro está que siempre se podía recurrir a utilizar otros informantes, ya fueran naturales, náufragos de expediciones anteriores españolas o portuguesas o europeos que ejercían en aquellas zonas diversas actividades.

Una fórmula que resultó eficaz en la colonización del nuevo continente fue la de internar españoles en los poblados indígenas para que aprendieran las diversas lenguas que hablaban sus habitantes. Así, por ejemplo, Colón envió a fray Ramón Pané y a Cristóbal Rodríguez, más tarde conocido como “la lengua”, al interior de la isla Española con ese fin. Ambos dieron, como sabemos, excelentes resultados.

Que yo sepa, en estos viajes por el océano Pacífico este procedimiento sólo fue utilizado en 1522 por Gómez de Espinosa, cuando determinó dejar como escribano en Tidore, al cuidado de la pequeña factoría que allí había instalado, al despensero Juan de Campos;²¹ al sobresaliente Luis del Molino, al lombardero Pedro y a los criados Alonso de Cota, genovés, y Diego Arias para que “sirviesen de lenguas y se informasen del tráfico de las tierras comarcanas”.²² De la desbaratada armada de Loaisa quedaron en Tidore ciento veinte españoles capitaneados por Hernando de la Torre y “fortificados en una puertecilla de estacas”, que fueron rescatados por Álvaro de Saavedra en 1528.²³

Por su parte, los españoles o indios mexicanos que naufragaron y que años después fueron encontrados por otras armadas, fueron en general excelentes intérpretes. Loaisa encontró en las islas de los Ladrones a Gonzalo de Vigo, que sabía un poco la lengua malaya.²⁴ Según dijo, era gallego, y se había enrolado como grumete de la nao *Trinidad* en la armada de Magallanes. Unido a la flota de Loaisa por

²¹ En Tidore, el 16 de diciembre del año anterior, firmó Campos un recibo de lo que había recibido de Juan Sebastián de Elcano y de Martín Méndez para el servicio de los que allí quedaban. El conocimiento está en el Archivo General de Indias, *Patronato*, 34, R.16.

²² Fernández Navarrete, *op. cit.*, v. 3, p. 98, y Antonio Herrera y Tordesillas, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar océano*, 4 v., Madrid, Oficina Real de Nicolás Rodríguez Franco, 1730, dec. 3, t. 2, p. 15.

²³ San Agustín, *op. cit.*, p. 56.

²⁴ Fernández Navarrete, *op. cit.*, v. 3, p. 25.

su voluntad —no sin antes haber solicitado seguro—, les indicó el número de islas, trece, que componían el archipiélago; las distancias entre las mismas, y una noticia no menos importante: en esas islas no había ganado, ni gallinas ni otros animales y sólo podrían provisionarse de pescado, arroz, sal y aceite de coco.²⁵ Según Urdaneta, “nos aprovechó mucho porque sabía la lengua de las islas” e hizo de intérprete con el rey de Gilolo.

Álvaro de Saavedra halló en las mismas islas a Sebastián de Puerta, náufrago de la armada de Loaisa. Afirmó proceder de La Coruña y ser marinero del galeón *Santa María del Parral*. Al año de estar en la isla bisaya, fue con su amo a Cebú y allí supo que hacía cinco años que ocho hombres de la armada de Magallanes habían sido vendidos a los chinos. Gracias a él, se enteró Saavedra de que en la isla no había especiería y de que sus habitantes eran idólatras. Con su ayuda, pudo el capitán comprar por 80 ducados y una barra de hierro a dos cristianos que habían quedado de la armada de Loaisa, dos personajes desconocidos que sirvieron también a Saavedra como intérpretes.²⁶

Por su parte, Legazpi recogió al indio llamado Juanes, natural de México, procedente de la armada de Villalobos. Casado con la hija de un principal, había pasado más de 20 años solo entre los nativos. No fue un buen intérprete, ya que en 1565 había olvidado casi su lengua y la española.²⁷

Junto a estos españoles y otros muchos que optaron por unirse a las flotas descubridoras, hubo algunos que decidieron quedarse por propia voluntad a vivir en los lugares donde habían naufragado. Tal fue el caso de Diego de Ayala, procedente de la armada de Loaisa, a quien Saavedra dejó en Tidore con veinte hombres y cinco o seis piezas de artillería para que defendiera la plaza mientras él continuaba su singladura.²⁸ O el de un tal Grijalva que, sintiéndose morir, no quiso continuar el viaje y pidió a Saavedra que lo dejara en tierra.²⁹

²⁵ *Ibidem*, p. 26.

²⁶ *Ibidem*, p. 55.

²⁷ *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, sacados en su mayor parte del Real Archivo de Indias*, 4 v., Nendeln, Kraus Reprint, 1964-1966, v. 3, p. 171 y 178.

²⁸ Fernández Navarrete, *op. cit.*, v. 3, p. 61.

²⁹ *Ibidem*, p. 55.

Portugueses o esclavos de los portugueses renegados

Cuando las flotas españolas comenzaron a recorrer el Pacífico, ya estaban los portugueses asentados en el sureste asiático. Baste recordar que en 1511 Alfonso de Albuquerque fundó un pequeño fuerte en Malaca; otro se levantó en Ternate en 1512, y así sucesivamente, hasta que la expansión portuguesa culminó con su definitiva instalación en Macao en 1553. Los encuentros oficiales entre los capitanes generales de las flotas españolas y los mandatarios portugueses, en líneas generales, discurrieron con tirantez. Pero hubo un nutrido grupo de portugueses que, descontentos con los suyos, no dudaron en ayudar a los españoles informándolos de muy variados asuntos.

Cuenta Pigafetta que el portugués Pedro Alfonso de Lorosa,

por un caso que había acaecido y temiendo que lo prendiesen, se huyó junto con su mujer y todo cuanto poseía con un junco a Ternate adonde le hallaron los nuestros. Nos dio todos los datos que podían interesarnos. Díjonos que hacía 16 años que estaba en las Indias y había pasado diez en las islas Malucas.³⁰

Puntualmente informó a los españoles que muchos juncos iban todos los años a Malaca y a Bandán a comprar nuez moscada, y desde allí se dirigían a las Molucas para cargar clavo, indicándoles que el viaje de Bandán a las islas Maluco se podía hacer en tres días, y en quince, el de Bandán a Malaca. Este comercio, dijo, era el que rendía más beneficio al rey de Portugal, “por lo que tiene gran cuidado en ocultárselo a los españoles”. Ante estas buenas noticias comentó el italiano:

Lo que Lorosa acababa de decir era en extremo interesante, y procuramos persuadirle a que se embarcase con nosotros a Europa, prometiéndole grandes gajes de parte del rey de España.³¹

³⁰ Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del globo*, traducción de José Toribio Medina y estudio preliminar de Nelson Martínez Díaz, Barcelona, Orbis, 1986, p. 66.

³¹ *Ibidem*, p. 69.

Con el seguro de los españoles, Pedro Alfonso de Lorosa decidió regresar a España en la *Victoria*.

En Gilolo, un esclavo huido de los portugueses y que hablaba bien el portugués indicó a Martín Íñiguez de Carquizano el lugar donde éstos habían edificado la fortaleza.³²

En Tidore, un negro cautivo de los portugueses, a quien éstos “daban mala vida”, se presentó ante los españoles para informarles de que Manuel Falcón estaba aparejando sus navíos para ir sobre ellos. Los españoles, avisados, superaron la situación.³³

En alguna que otra ocasión los portugueses se valieron, para engañar a los españoles, de un ingenioso ardid: enviarles falsos informantes. Así, por ejemplo, en 1527 Jorge de Meneses, capitán de la fortaleza de Ternate, remitió a Gilolo a un portugués para que, fingiéndose castellano fugitivo, le sirviera de espía. Éste logró hacerse pasar por oriundo de Écija, diciendo llamarse Francisco Pérez,³⁴ mas fracasó en su intento de quemar una nao de los españoles al ser sorprendido antes.

También hubo españoles que decidieron pasarse al enemigo. Éste fue el caso de dos personajes, Soto y Palacios, que en abril de 1527 abandonaron la armada castellana. Esta desertión, cuyos motivos desconozco, no parece que importara demasiado a Martín Íñiguez, que se consoló señalando que era mejor que se hubieran pasado a los portugueses antes de causar mayores daños: a enemigo que huye, puente de plata.³⁵

Captación de naturales

Un proceder que se repite a lo largo de todos los viajes es la captura de naturales para servirse de ellos en muy diversas maneras. No debió de resultar tarea fácil establecer con ellos una comunicación

³² Los documentos de Loaisa en Fernández Navarrete, *op. cit.*, v. 3, p. 409.

³³ *Ibidem*, p. 35.

³⁴ *Ibidem*, p. 42.

³⁵ *Ibidem*, p. 39.

eficaz: era preciso unir al lenguaje de los gestos una cierta habilidad para hacerse entender. Así y todo, la comprensión mutua se produjo con rapidez, si hemos de creer a los cronistas. Veamos algunos ejemplos.

Muchos indígenas ayudaron en la navegación. Al igual que Colón utilizó a los nativos antillanos para poder navegar entre las islas caribeñas, fueron los patagones quienes, según Pigafetta, ayudaron a los pilotos españoles a sortear los diversos escollos que se presentaron al atravesar el estrecho que después se llamó de Magallanes.

Otros informaron a los descubridores del lugar donde se encontraban y les indicaron las costumbres de la tierra y las posibilidades comerciales. En las instrucciones a Legazpi se le ordenó con precisión:

Porque ternéis necesidad de algunos [esclavos] para lenguas y tomar noticia de las cosas de las tales tierras, mandaréis rescatar algunos dellos y en partes diferentes [...] a los cuales mandaréis hacer todo buen tratamiento, para que con amor os traten y digan siempre la verdad [...] y no permitiréis que algún señor os presente alguno ni que ningún soldado compre ni rescate ningún esclavo [...] por no añadir comedores inútiles.³⁶

Uno de los indios que tomó Martín Íñiguez le informó del tráfico de los chinos con Cebú así como de los lugares donde podía encontrar canela. El patagón capturado por Magallanes les enseñó a hacer fuego: “Entre otras, nos enseñó la manera con que se encendía fuego en su país, esto es, frotando un pedazo de palo puntiagudo contra otro, hasta que el fuego se produzca en una especie de corteza de árbol que se coloca entre los dos pedazos de madera”.³⁷ En muchas ocasiones los nativos ayudaron a confeccionar vocabularios. Cuenta Pigafetta cómo a lo largo del viaje fue componiendo varios utilísimos vocabularios. Durante el paso del estrecho se valió para ello de su esclavo:

Durante el viaje cuidaba lo mejor que podía al gigante patagón que estaba a bordo, preguntándole por medio de una especie de pantomima

³⁶ *Ibidem*, p. 164.

³⁷ Antonio Pigafetta, *op. cit.*, p. 29.

el nombre de varios objetos en su idioma, de manera que llegué a formar un pequeño vocabulario: a lo que estaba tan acostumbrado que apenas me veía tomar el papel y la pluma, venía a decirme el nombre de los objetos que tenía delante de mí y el de las maniobras que veía hacer.³⁸

Una vez en el Pacífico, interrogó por señas de los nombres de las cosas a los mandatarios a los que tuvo acceso: “Antes de que llegase la hora de comer, di al rey muchas cosas [...] y al mismo tiempo le pregunté el nombre de muchos objetos en su lengua; quedaron muy sorprendidos de vérmelas escribir”.³⁹

De esta manera, y con infinita paciencia, logró el cronista confeccionar un vocabulario de las costas de Brasil de 12 palabras; uno patagón de 83; uno de la isla de Cebú de 160, de las que más del 80% están aún vigentes,⁴⁰ y otro de 450 de las Molucas y de Malaca.

Al igual que hiciera Pigafetta, Thomas Hariot, el astrónomo y matemático que acompañó en su viaje a las costas de Virginia a Raleigh, utilizó a sus esclavos Manteo y Wanchese, a quienes había enseñado los rudimentos de la lengua inglesa, para confeccionar un vocabulario del algonquiano, al que añadió, para ayudar a su pronunciación, un “alfabeto universal” de treinta y seis símbolos con el que, aseguraba, que se podía pronunciar correctamente no sólo la lengua hablada en Virginia, sino también todas las habladas tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo.⁴¹

Los indígenas también intervinieron, con mayor o menor éxito, en las comunicaciones entre los descubridores y sus compatriotas. Así, por ejemplo, en la expedición de Legazpi, se tomó en Tidore a un indio llamado Jorge, que “sirvió mucho para tomar lengua a los principios”.⁴²

³⁸ *Ibidem*, p. 30.

³⁹ *Ibidem*, p. 39.

⁴⁰ Quilis, *op. cit.*, p. 39.

⁴¹ T. Alden Vaughan, “Sir Walter Raleigh’s Indian Interpreters, 1584-1618”, *The William and Mary Quarterly*, tercera serie, v. 59, n. 2 (abril 2002), p. 341-376, Omohundro Institute of Early American History and Culture. URL: <http://www.jstor.org/stable/3491741>, p. 347.

⁴² San Agustín, *op. cit.*, p. 115.

No siempre resultaron eficaces

Muchas veces el intérprete no resultó competente o no fue aceptable para alguna de las partes. Enrique, según narra Pigafetta, al llegar a Cebú, no pudo comunicarse con los naturales, aunque esta decepción se subsanó pocos días después.⁴³ El negro de Calicut que llevaba Álvaro de Saavedra no entendía a los de la isla de Ancón, “aunque el decía que sí”.⁴⁴

En otras ocasiones el lengua había olvidado el idioma que debía traducir. Así, san Francisco Javier se llevó un buen chasco cuando descubrió que su criado no recordaba ni una sola palabra de chino: “Hallé que Antonio no sirve para intérprete, porque se le olvidó hablar chino”.⁴⁵

Otras veces el indígena se ponía al servicio del enemigo. Es lo que ocurrió, por ejemplo, con Enrique, el esclavo de Magallanes, quien, disgustado tras la muerte de su amo al ver que Duarte Barbosa se negaba a liberarlo, como se le había prometido, tramó su venganza:

se dirigió a casa del rey cristiano, a quien expresó que pensábamos partir pronto y que si quería seguir el consejo que tenía que darle, podría apoderarse de nuestras naves y mercaderías. El rey le escuchó favorablemente y entre ambos tramaron una traición.⁴⁶

Una vez concertados, el rey Hamabar —con el pretexto de que quería agasajar a los españoles— organizó un banquete al que asistieron Juan Serrano, Duarte Barbosa y veinticuatro españoles. En medio del almuerzo, a una señal de Hamabar, sus indios mataron a los 27 desprevénidos convidados.

A veces los astutos indígenas engañaban a los españoles en los tratos. En 1565 Legazpi compró un esclavo, una esclava y un muchacho

⁴³ Pigafetta, *op. cit.*, p. 52.

⁴⁴ Fernández Navarrete, *op. cit.*, v. 3, p. 51.

⁴⁵ Tomo la referencia de Emma Martinell y otros, *Corpus de testimonios de convivencia lingüística (ss. XII-XVIII)*, Barcelona, Kurt y Roswitha Reichenberger, 2000, p. 42.

⁴⁶ Fernández de Oviedo, *op. cit.*, v. II, p. 223.

porque los intérpretes le dijeron que eran naturales de Mindanao, que sabían la lengua de las islas y que entendían la malaya. Más tarde se descubrió que el indio no sabía ninguna de las dos y que la india y el muchacho sabían poco.

¿Qué fue de estos intérpretes?

Sabemos muy poco de la vida de estos personajes, que tan útiles fueron en el devenir diario de las primeras flotas españolas que surcaron el Pacífico. Los integrantes de estas expediciones apenas los mencionan en sus cartas o en las relaciones que hicieron de sus viajes, ya que, al escribir en primera persona, se limitan a indicar, “le dije al cacique”, “le pedí al rey”, y sólo en contadas ocasiones añaden la coletilla “a través del intérprete”, sin añadir quién era en cada ocasión el lengua. Más explícitos son los cronistas que, cuando lo saben, suelen incluir el nombre y los datos personales que conocen del truchimán. Así pues, pocos son los datos de primera mano de que disponemos, y hemos de recurrir a otras fuentes para identificarlos y seguirles la pista.

Pigafetta nos contó el triste sino de su esclavo patagón y su conversión al cristianismo en su lecho de muerte, sin indicarnos la fecha de su fallecimiento: “Cuando en su última enfermedad se sintió a punto de morir, pidió la cruz y la besó, rogándonos que le bautizáramos; lo que hicimos dándole el nombre de Pablo”.⁴⁷

En 1540 los herederos de Magallanes demandaron los sueldos no devengados de Enrique y Jorge.⁴⁸ Tristán de la China regresó a España, vía Lisboa, a finales de 1537.

Diego de Ayala pasó de Tidore a Malaca, donde vivió con una indígena malucense que le había dado dos hijos. Todo parece indicar que Diego tuvo una vida próspera, sin duda debido a sus nada desdeñables conocimientos. Según refería Álvaro de Saavedra en una carta en la que solicitaba de Carlos V futuras mercedes para

⁴⁷ Pigafetta, *op. cit.*, p. 30.

⁴⁸ Los documentos en los “Autos de herederos de Diego Barbosa” en el Archivo General de Indias, *Patronato*, 36, ramo 2, f. 1.

su protegido, que había dejado en Tidore, Diego entendía en el arte de navegar y situar tierras y era diestro en rumboear cartas. Y así debía de ser, pues, años más tarde, nos lo encontramos desempeñando el oficio de escribano en una nao portuguesa que se dirigía a la China.⁴⁹

Según dio cuenta al rey Hernando de la Torre en una carta escrita en Tidore el 11 de junio de 1528, el lombardero Roldán falleció en ese año tras ser “herido de un verso, que le llevó la boca y los dientes delanteros”.⁵⁰

Fernando de Lorosa, que se embarcó en la *Trinidad*, no pudo llegar a España. Apresado por los portugueses, fue decapitado.⁵¹

Del destino de Ginés de Mafra y de Martín de Islares, que tan importante papel desempeñaron en varias expediciones y que sirvieron a la Corona española por más de cuarenta años, sólo consta que regresaron a la península tras su viaje con Villalobos por la información de García de Escalante.⁵²

⁴⁹ La carta de Saavedra en Fernández Navarrete, *op. cit.*, v. 3, p. 75.

⁵⁰ La carta Hernando de Torre en Fernández Navarrete, *op. cit.*, v. 3, p. 159.

⁵¹ *Ibidem*, v. 2, p. 371.

⁵² Varela, *op. cit.*, p. 182.